VENERABLES HERMANOS, Y HERMANAS DEL HOSPITAL DE JESUS NAZARENO DE



ARA LA COMUN EDIFICACION NUESTRA, y para que las exemplares virtudes de la Madre Antonia de San Pablo, Presidenta que fuè de la Comunidad de Hermanas de este Hospital de Jesus Nazareno de Baena, sirvan de incentivo à nuestras Hermanas, para caminar à la perfeccion, me hà parecido conveniente, dar, fuera de la noticia de su muerte, alguna mas extensa de los exemplos, con que, viviendo, nos edificò. No referirè, sino lo que, como à Padre espiritual, me manifestò en el tiempo de cerca de treinta años, que la confessè, y estubo sujeta à mi Direccion, y lo que todas vian, por mas que su humildad procuraba ocultar sus virtudes.

Naciò la Madre Antonia de San Pablo en Doñamencia, (ò, como quieren otros, en Priego) hija de Don Francisco de Tienda, y de Doña Mariana Carrillo, que la educaron en el temor Santo de Dios, encerramiento, y retiro de su casa; tanto, que, antes de entrar en este Hospital, sus salidas eran solamente à el Convento de Santo Domingo con otra Hermanita, que traia habito descubierto de este Santo Patriarcha; assi lo assegura Persona, que la conocio, como tambien, que yà desde entonces era tenida por una Doncella exemplarissima. No es mucho, que con estos principios anhelasse por alexarse de el mundo, y dedicarse toda à Dios: para lo que pretendio ser recevida en este Hospital de Jesus Nazareno. Consiguiolo en efecto el año de mil setecientos y catorce, siendo de edad de diez y nueve años. En su entrada quiso llamarse Antonia de San Pablo, proponiendose imitar à el Santo Apostol en el desprecio del mundo, y mortificacion de su carne.

Desde luego tomò tan à pechos el olvidar, y dexar todo, lo que es carne, y sangre, que parece desarraigò de su corazon aquella nativa ternura, que la naturaleza infunde para con los Padres en las entrañas de lo hijos, aun de los irracionales: porque, aviendo hecho viaje su madre, y una Hermana suya, para verla, no pudieron conseguir, que se alzase el velo, por mas instancias, que hicieron á presencia del Padre Superior, à quien, para no ordenarle, que condescendiesse con los maternales ruegos, cerraron la bo-

ca

ca las razones, con que le excusaba la Hermana Antonia: *Madre mia* (decia la Joben Hermana) *el Divino Esposo Jesus es muy zeloso: con èl me hè desposado, y por amor suyo dexè el mundo, y todas las cosas, y no quiero volver à vèr, lo que una vez dexè por su amor.* Quedò admirado el Superior al oìr estas sentencias de boca de una Joven recien venida del mundo; y no menos edificado, que enternecido, al vèr la firmeza, con que resistia los innocentes asaltos del filial afecto. Y finalmente la buena de la Madre se huvo de retirar à su Patria, sin la complacencia de vèr el semblante de su hija. Tan de veras volviò las espaldas al mundo, desde que se consagrò à Dios!

A la entrada en este Hospital hizo sus quatro Votos de Pobreza, Castidad, Obediencia, y Hospitalidad. Añadiò el de Clausura, con que cerró de una vez la puerta, para no volver jamàs al Siglo, que tanto aborrecia. Y conociendo nuestra Hermana Antonia, que el camino, que la conducia à la perfeccion, era la observancia puntual de estos Votos, se ciñò desde luego, para andarlo con passos bien apresurados. Fue tan amante de la Pobreza, que la tunica mas de su gusto era la mas traida, y remendada; ni usò jamàs de alguna nueva, sino p recissada de las instancias, casi importunas, de las Compañeras; como pobre aun las cosas precissas, que usa dar la Comunidad, las recibia, como de limosna.

Su Castidad fuè Angelica, la que procurò conservar con la guarda de sus sentidos, y mortificacion de su carne. Son los ojos las ventanas, por donde suelen entrar en las especies de los objetos aquellos Ladrones, que roban à el Alma el precioso thesoro de esta virtud. Y estas las cerrò de suerte, que jamàs mirò directamente à la cara de algun hombre. Se negò à todo genero de visitas, aun de sus parientes, y siendo Presidenta, no iba al Locutorio à saludar las Personas, que visitaban à Nuestras Hermanas, sino es que la Obediencia se le ordenaba. Este recato, y abstraccion de los seculares, como tan necessario para la guarda de esta virtud, que es muy delicada, lo zelaba tambien en sus Compañeras, queriendo, que estubiessen bien cubiertas, quando asistian à Confessores, Medicos, ò Zirujanos para las enfermerias de la Clausura; y solia tirar por delante de el velo à la Hermana, que se descuidaba.

Puede decirse, que su mortificacion fue excesiva: porque à demas de los ayunos, aspereza de cama, comida à penas suficiente para mantener la vida, vestido grosero, y disciplinas de Comunidad, que sobran para constituir una vida bastante penitente; ansiosa de mortificar mas su carne, añadia voluntariamente otras mortificaciones con licencia de su Director, de cuya voluntad siempre estaba pendiente. Quando hacia los Exercicios de San Ignacio de Loyola, que mandan las Constituciones, usaba del cilicio, y disciplina todos aquellos dias, y concluia con una disciplina de sangre, y otras muchas veces solicitaba la licencia para la disciplina sangrienta; y solia decir, para conseguirla, que esso le servia de medicina. No era la menor mortificacion para la Hermana Antonia, el que se le negasse la licencia, para hacer otras penitencias: entonces solamente era, quando se reconocia

en

en su semblante algun genero de repugnancia àsujetarse à el Superior; pero lo executaba, diciendo: *hagase en mi la voluntad de Dios.*

En la semana Santa, con la licencia, que para ello tenia de su Director, era, quando este Espiritu penitente desahogaba algun tanto sus fervores. Usa loablemente la Comunidad hacer disciplina todos los dias de esta sagrada Semana; pero añadia nuestra Hermana Antonia por cuenta, sobre cinco mil golpes de disciplina, en memoria de los cinco mil, ò mas azotes de su Redemptor; y el Viernes Santo, bien de madrugada, se prevenia con una cruel disciplina de sangre. Desde el Jueves Santo mortificaba su paladar, no probando el agua en mas de quarenta y ocho horas, hasta acabados los oficios del Sabado siguiente; y para remedio de la sed, q̃ padecia, solia revolver en la boca alguna yerva amarga: Y todo este Santo tiempo traia debaxo de la toca una pequeña Corona de aceradas puntas, en memoria de la que à Christo penetrò sus Divinas sienes.

Pero en medio de este rigor, su austeridad era desigual, como de Santa Paula dice San Geronymo: porque era benigna para con todas, y solamente cruel para consigo. Su semblante apacible, y trato amable le conciliaban el amor, y el afecto de sus Hermanas. Sus entrañas de Madre, eran de Madre universal; y solo se hacian distinguir en ser su amor comun para con todas, sin aquella particularidad odiosa, que tanto indispone en las Comunidades. Tenia su corazon penetrado del Espiritu, y Doctrina de San Pablo, cuyo apellido gozaba: toda para todas; se alegraba con la alegre, con la indispuesta, su compasion la enfermaba; con la melancolica, su charidad la entristecia, no hallando su corazon consuelo, hasta descubrirlo para sus Hermanas. Siendo Presidenta, las alentaba con sus consejos; ò yà rogaba al Confessor, desvaneciesse sus temores à la escrupulosa; ò yà para el mismo efecto su Devocion obligaba à los Santos con Novenas: señaladamẽte recurria à el Sagrado Corazon de Jesus, y al Archangel San Miguèl, y finalmente à el consuelo de afligidos Maria Santissima, de quien fue tiernamente devota, y à quien todos los dias tiernamente pedia, le alcanzasse acierto en su govierno, suplicandole primero le quitasse la vida, que incurriesse en alguna falta.

Esta su amabilidad la hizo invidiable para los Gobiernos, en los que logrò aceptacion su Charidad, y prudencia. Dirigiò las Novicias en calidad de Maestra, haciendo prender su fogoso espiritu en sus educandas. Habil para todo, exerciò el empleo de Presidenta cerca de treinta años. En los primeros de su gobierno se interrumpiò la tarea con el manejo de otras por algunos triennios; mas, conocida su prudencia, y experimentado el acierto de su conducta, governò sin interrumpcion hasta morir. Apenas cumplia el triennio, se hacia presente à el Illustrissimo Prelado la aclamacion de toda la Comunidad, que la pedia por Madre, logrando repetido este consuelo por la benigna annuencia de su Illustrissima. Y como no havian de amar una Prelada, cuyo caracter fue siempre la dulzura? Parecia, que no encontraba voces, para mandar; sus ordenes los comunicaba en terminos de ruegos, y aun de suplica: *Hermana* (solia decir, para intimarlos) *podia su Charidad en-*

cargarse en hacer esto, ú aquello por el amor de Dios? Otras veces decia: *No hallo, de quien echar mano, porque todas tienen, que hacer en sus oficios; pero esto precissa: vamos la que pudiere, por el amor de Dios.* Dicho esto, ella la primera emprendia la obra, cuyo exemplo otras con santa emulacion imitaban. Quando via à sus Hermanas fatigadas con trabajo recio ē dias de ayuno de regla, les procuraba su maternal prudencia el alivio, que podia, consiguiendo licencia del Superior, para que se desayunassen; y aun en dias de Precepto les subministraba alguna parvedad, conque pudiessen sostener el trabajo.

Ni esta blandura la hacia indulgente, ò remissa en la observancia regular. Exhortaba frequentemente à la puntual, y mas exacta practica de las Reglas, dando eficacia à sus voces su exemplo, con que precedia à todas en la observancia. Corregia los defectos, imponiendo por ellos suaves penitencias, que las hacia casi amables la Charidad, con que ella se ofrecia à cumplirlas por las delinquentes. Antes de hacer el Capitulo, la Zeladora conferia con las Madre las faltas, que en la regular Observancia avia advertido, y esta luego acudia à la Oracion, para conseguir de Dios la enmienda, y el acierto para la correccion, para la que aguardaba la oportunidad, de que la culpada estuviesse ya desapassionada, y con esto capaz de conocer su yerro: con lo que siempre fueron fructuosas sus correcciones. A esfuerzos de su mortificacion consiguiò tal dominio sobre sus passiones, que en tan largo tiempo de Superiora, y en tantas ocasiones de sinsabores, y pesadumbres, como es natural se ofreciessen, jamas advirtiò alguna de las Hermanas señal de enojo en su semblante: siempre admitiò à sus subditas con agrado, aunque le fuessen molestas, è importunas.

Como la mortificacion de los sentidos, y quietud de las passiones es una disposicion excelente, para que el Alma suba à la contemplacion, no es de estrañar, que subiesse muy alto, la que tan mortificada vivia, que parecia estar desnuda de la carne, ò que era un Angel sin las humanas passiones. No necessitaba, de que el entendimiento con sus discursos avivasse el fuego del Amor Divino, que ya ardia en su corazon: una simple proposicion de los Misterios de Nuestra Santa Fè hacia, que en su voluntad se levantasse la llama de fervorosos afectos. A las veces crecia tanto este incendio, q̃, siendo estrecha esfera su pecho, le obligaba à prorumpir en amorosos Ayes sin poder, contenerlos; lo que sucedia con mas frequencia, despues de aver recivido la sagrada Comunion; porque entonces era tanta la afluencia de sus abrasados afectos, que parecia iban à sofocarla; y le commovian la respiracion con acelerada violencia. Mandòle el Confessor, que reprimiesse estas exterioridades; pero es dificil ocultar el fuego, quando èl arde; pues, esforzandose la Madre por obedecer, con la violencia, que se hacia, cayò muchas veces, como desmayada, entre las Hermanas. Advirtieron estas con frequencia, que en el tiempo de la Oracion estaba tan absorta, y su Espiritu tan lexos de los sentidos, que no oìa el Relox, que estaba en el Oratorio, cuya campana es de sonido tan fuerte, que sin duda haria dispertar à las que alli se durmiessen, por lo que muchas veces se vieron precissadas à tirarle del Abito, para hacerle, que volviesse

viesse en sí : y entonces, para disimular los favores Divinos , solia decir à la que la llamaba: *Ay , Hermana, si me abrè dormido ? perdoneme, que no sè, lo que por mi passa* ! Con esto no es de estrañar, que todo el dia anduviesse en medio de las ocupaciones exteriores en una continua presencia de Dios, en quien siempre velaba, y con quien siempre estaba unido su corazon. Fruto de este trato tan amoroso , y casi nunca interrumpido con su Dios, fue la limpieza de su Conciencia, que en los treinta años, que la confessè, juzgo , que no se manchò con culpa venial, cometida con advertencia, como , ni tampoco en el resto de su vida con mortal alguno , que ciertamente se pueda asegurar lo fuesse.

Era hija la obediencia de su profunda humildad , con que siempre se tenia por inferior à todas. Nunca hizo ostentacion de ser Superiora , ni se valia de esta Dignidad , sino para trabajar mas , que las otras. Si necessitaba alguna cosa, que estaba à cargo de las oficialas, lo pedia, diciendo : *Hermana, podrà su Charidad darme esto , ù aquello por èl amor de Dios* ? y al recivirlo, lo agradecia asi : *Dios se lo pague à su Caridad* : por tandose con sus subditas segun el consejo del Espiritu Santo : Como si fuera una de ellas. De sì hablaba con desprecio, y se tenia por muy contemptible, y aun quando Superiora, no queria hiciessen distincion alguna con ella : por lo que, aviendo entendido en su ultima enfermedad, que las Hermanas querian pedir à el Superior, que à su entierro asistiessen las dos Comunidades de Santo Domingo, y San Francisco de este Pueblo , lo sintio mucho : y haviendo esperado verme solo, pidió á las Hermanas, que alli estaban, se retirassen; y entonces, significandome su sentimiento , me dixo : hè oydo , que las Hermanas quieren pedir à Vmd. asistan à mi Entierro las dos Comunidades , &c. : Yo pido por el amor de Dios, no haga Vmd. tal cosa ; que yo soy una pobrecilla. Tal era el concepto , que de si tenia , que juzgaba era indigna de estimacion alguna.

Creía de si, debia ser sierva de todas, especialmente de las Enfermas de curacion , en las que veneraba à el mismo Jesu-Christo , sirviendolas con el amor , y esmero , conque serviria à su amado Esposo, si estuviera enfermo. Ni solo atendia al regalo, y curacion de los Cuerpos : era muy solicita en el bien de sus Almas, procurando, que se dispusiessen bien, y con tiempo, para recibir los Santos Sacramentos , que se asistiesse à las moribundas, y que se les sugiriessen actos, y afectos proprios de aquella hora, no perdonando para esto trabajo, ni incommodidad alguna, que fuesse necessaria, para asistirlas, y que en todo estuviessen bien proveidas.

Adornada con las joyas de tantas virtudes esperaba todos los dias, que la llamasse su Celestial Esposo. Visitola su Magestad con una enfermedad, que le diò ocasiones bastantes, para augmentar sus preciosos meritos. Pero el Viernes ultimo de su vida probò el Señor su constancia con una acre convulsion de nervios, que à juicio del Medico la puso à punto de espirar : lo intenso de los dolores embargaron el uso de los miembros, dejandola immoble sobre la cama, cruzadas las manos , y compelida la cabeza acia la parte

pos-

posterior. Desahogò algun tanto su pena en estos ayes : *que me ahogo, què me ahogo.* clamando à Jesus , à cuyo exemplar atendia, para alentarse à padecer. *Ay Jesus mio repetia, sea por vuestra Santissima Passion , y muerte.* Estos afectos reiterados fueron el leniente de tanto mal, cuya intension se remitio algun tanto como à las tres de la tarde, en que pidio à las circunstantes la volviesen del otro lado, à que inclinaba la cabeza, serenandose assi por algun tiempo, sin experimentar la convulsion, que le molestaba, y tiraba contra lo natural la cabeza à la espalda. No padeciò segunda invassion de este accidente, cuya duracion, en sentir del Medico, era natural durasse hasta la muerte. Sin duda fue esta expression de su Amor crucificado, que quiso le imitasse en algun modo su sierva, cuya heroyca paciencia en esta ultima prolija enfermedad, tolerando muchas penalidades, y grandes fatigas, diò la perfeccion à todas sus anteriores virtudes, que creo piadosamente conseguirian su premio el dia veinte, y nueve de Enero passado, en que entre fervorosos actos de amor de Dios, puso dichoso fin á su vida.

Muriò la Madre Antonia de San Pablo, dexando à las Hermanas sus hijas tristes, por aver perdido de vista los exemplos, con que las fervorizaba; pero al mismo tiempo llenas de consuelo espiritual, persuadidas, à que muriò, para vivir eternamente en el Cielo, desde donde podrà mas, à favor de esta Comunidad. El cadaver amortajado se hallò por la mañana yerto, y sin flexibilidad alguna; mas à la noche se reconociò flexible en todos sus miembros; el aspecto, no solo sin horror, pero aun con una hermosura venerable, y como sì fuera de solos treinta años. Concurriò à vèr, y venerar el flexible cadaver innumerable multitud de Gentes de todas clases, aclamando la *Santa*, y queriendo tocarle sus Rosarios; en lo que ocupados quatro Sacerdotes, y fatigados de la multitud, aun nò eran bastantes, para satisfacer à la Piedad de el Pueblo, que despues de aver tocado sus Rosarios, se arrojò con piadosa osadia à tomar por reliquias las yerbas, y flores, conque estaba adornado el Feretro, y à cortarle pedazos del velo, y de la mortaja. Aporfia procuraban besarle las manos, sin que los contubiesse el horror de ser de un Cuerpo muerto : porque decian, experimentaban cierto genero de suavidad, y tierna Devocion en el osculo. Finalmente, aunque con mucha dificultad, para arrancar el Venerable cadaver de las manos de la Devocion, que lo cercaba, se le diò honorifica sepultura en la Bobeda comun de este Oratorio en lugar separado, y señalado.

Despues de su muerte se cuentan algunas cosas, que à la piedad de los Fieles hace muy persuasible, ser su intercession piadosa para con Dios: porque un hombre, que tenia una pierna tan accidentada, que no le permitia dar passo alguno, aplicandose à ella un pedazo cortado de la mortaja de la Madre Antonia, à el dia siguiente se hallò tan mejorado, que pudo ir por su pie à la Missa. De otro se dice, que, aviendose aplicado à una muela, cuyo dolor le desvelaba, otro pedazito de la mortaja, cessó el dolor instantaneamente; mas aviendole repetido el mismo dolor, aplicandose la reliquia, prorrumpiò en estas voces, *Madre Presidenta, que es esto?* y al punto cessò el dolor.

Cuen-

Cuenta la Hermana Enfermera de las Pobres de curacion, que una, que padecia vomitos, y con ellos expelia el alimento, aviendole administrado una taza de caldo, que arrojò, luego que le llegò al estomago, le pidiò la enferma con instancia, le aplicasse una Reliquia de la Madre Antonia: hizolo, condescendiendo à sus suplicas; y luego le administrò otra taza del mismo caldo, la q̃ con sosiego, y sin fatiga abrazò el estomago. Otras cosas semejantes se cuentan, como milagrosas. Pero yo, como hijo obediente de nuestra Santa Madre Iglesia, no quiero, que se tengan por milagros, ni que à lo que hè dicho de su Santidad, y virtudes se le de mas peso, que el de una fè puramente humana.

No obstante, Venerables Hermanos, y Hermanas de Jesus Nazareno, aunque las Virtudes de la Madre Antonia de San Pablo no esten declaradas por la Iglesia, hazen mucho honor, y nos empeñan en procurar imitarla; pues seguimos el mismo Instituto, y professamos la misma regla, que tan puntualmente practicò la difunta Madre. Este es el fin, conque hè procurado hacer esta succinta relacion de sus Virtudes, que remito à essa Santa Comunidad, à quien ruego me encomiende à Dios. Nuestro Padre Jesus prospere à Vuessas Charidades en su gracia, y amor por los muchos años, que conmigo todos en esta Santa casa deseamos. Baena, y Febrero 20 de 1764.

Siervo, y Capellan de Vuessas Charidades,

Francisco Antonio Escudero,
y Roldàn.

decia vomitos, y congojas [...] el alimento, y andole suministrando una taza de caldo, que arrojò luego que le llegò al estomago, le pidiò la enferma con instancia le aplicasse una Reliquia de la Madre Antonia: hizolo, condescendiendo á sus suplicas; y luego le administrò otra taza del mismo caldo, la q̃ con sossiego, y sin fatiga abrazó el estomago. Otras cosas semejantes se cuentan, como milagrosas. Pero yo, como hijo obediente de nuestra Santa Madre Iglesia, no quiero, que se tengan por milagros, ni que á lo que hé dicho de su Santidad, y virtudes se le dé mas peso, que el de una fé puramente humana.

No obstante, Venerables Hermanos, y Hermanas de Jesus Nazareno, aunque las Virtudes de la Madre Antonia de San Pablo no estèn declaradas por la Iglesia, hazen mucho honor, y nos empeñan en procurar imitarlas, pues seguimos el mismo Instituto, y professamos la misma regla, que tan puntualmente practicò la difunta Madre. Este es el fin, con que hé procurado hacer esta sucinta relacion de sus Virtudes, que remito á esta Santa Comunidad, á quien ruego me encomiende á Dios. Nuestro Padre Jesus prospere á Vuestras Charidades en su gracia, y amor por los muchos años, que conmigo todos en esta Santa casa deseamos. Baena, y Febrero 20 de 1764.

Siervo, y Capellan de Vuestras Charidades,
Fr. Francisco Antonio Escudero y Roldan.